

Concours d'entrée de l'ENS-LSH
Nouvelle épreuve de LV A, tronc commun (session 2009)
Proposition de sujet-type

- ❖ **Commentaire d'un texte en langue vivante étrangère et traduction d'une partie ou de la totalité de ce texte (durée : 6 heures ; coefficient 1)**
- ❖ **Passage à traduire** : de « *Hace aproximadamente año y medio...* » (l.1)
à « *mayor número posible de lectores* » (l. 23) .

Lectura y relectura

Hace aproximadamente año y medio, un funcionario de nuestro inefable Ministerio de Cultura me llamó para invitarme a intervenir en un coloquio de escritores que debía celebrarse en Lisboa. Como su propuesta no despertaba mi entusiasmo, el oficial, con el buen propósito de convencerme, agregó : « Asistirán a él más de cuarenta y cinco autores ». La cifra, en vez de saberme a gloria y subirme al séptimo cielo, me anonadó. « ¿Cómo diablos, me dije para mis adentros, puede haber a la vez en un solo país cuarenta y cinco escritores ? ». Quizás en la totalidad del mundo, puestos a ser optimistas, la cifra fuera plausible. Pero en una España en la que, por ejemplo, no hubo ni uno de verdad en todo el siglo XVIII, resultaba absurda de toda absurdidad. Una nación que cuente en un momento dado con tres o cuatro escritores llamados a perdurar es una nación sumamente afortunada. El salto cuantitativo del responsable del Ministerio de Cultura no obedecía con todo a ensueños de grandeza ni chovinismos patrióticos : reflejaba un error muy extendido en el *campo crítico* de la prensa escrita y demás medios de información.

Existe en España, como en todos los países en donde hay una más o menos próspera industria del Libro, una confusión lamentable entre el texto literario y el producto editorial y, lo que es más grave, una tendencia de los reseñadores y programadores culturales a descuidar o silenciar el primero en favor del último. Siempre que he planteado este tema en público, alguien, crítico o lector, me ha dirigido con razón la pregunta : « ¿Con qué criterio distingue usted uno del otro ? ».

Aunque la respuesta sea en sí compleja, puede ser formulada con nitidez en términos simples : en la exigencia o no de su relectura. El producto editorial, especialmente el confeccionado con esmero, satisface a punto el apetito del lector y se deja consumir, digerir y evacuar como las hamburguesas de nuestras hamburgueserías : fabricado para entretener a un lector pasivo, sale de su conciencia con la misma facilidad con la que penetra. En ese *best seller*, punto de mira de la industria editorial y de cuantos autores, expresamente o no, cifran en él su codiciada meta : la conquista del mayor número posible de lectores.

Ahora bien, como observó con lucidez André Gide, « lo que se comprende en un abrir y cerrar de ojos no suele dejar huella » y este producto editorial de asimilación instantánea está condenado de ordinario al olvido, exceptuando aquellos casos en los que una feliz combinación de ingredientes le permite mantenerse durante años y aun decenios en el cuadro de honor de la subliteratura.

A diferencia de él, el texto literario no aspira a un reconocimiento inmediato ni a la instantánea seducción del público. No busca lectores sino relectores y a menudo, cuando éstos no existen, se ve en la obligación de inventarlos. En lugar de moverse en un ámbito conocido de antemano y de acuerdo a unas reglas familiares al habitual destinatario, el escritor que ambiciona dejar huella y añadir algo al árbol frondoso de la literatura no vacilará en desestabilizar al lector, obligándole a internarse en un terreno ignoto y proponiéndole de

entrada un juego de reglas totalmente desconocido. El desconcierto inicial de aquél, su trayecto a tientas por un espacio inexplorado y carente de balizas identificatorias, su necesidad de dar vuelta atrás a fin de descubrir las leyes secretas que configuran el nuevo territorio abierto por el libro, estimularán su goce de lector, le impulsarán a colaborar con el autor en la apropiación de su innovadora propuesta artística. Imperceptiblemente, el lector se convertirá en relector y, gracias a ello, intervendrá activamente en el asedio y escalo del texto leído y releído. A la postre, el autor de la obra literaria no sólo crea ésta sino también, insisto, un público hecho a su medida.

Yo, en cuanto lector, he sido forjado por docenas de autores cuyas novelas y poemas, rebeldes a experiencias literarias anteriores, me obligaban a enzarzarme con ellos en un cuidadoso y singular cuerpo a cuerpo. Ese temple de lector nuevo, originado por textos de la enjundia del *Libro de buen amor*, *La Celestina*, *La lozana andaluza*, *el Quijote*, *Cántico espiritual* y *Soledades*, ha sido determinante en la elaboración de mi propia escritura. Lo que he buscado en ellos y exigido a sus autores me lo he impuesto a mi vez a mí mismo, forzándome así a cambiar de destinatario ideal del libro: no el lector ordinariamente satisfecho con su lectura, sino el relector constreñido a forcejear con el texto, a extraviarse en sus vericuetos y rastrear su elusivo camino en un incitante proceso de reconstrucción.

Juan Goytisolo, *El bosque de las letras*, Madrid, Alfaguara, 1995, p.205-208.